

CUARESMA 2011

Miércoles de Ceniza, 9 de Marzo de 2011

A todos los miembros de la Familia vicenciana

Queridos Hermanos y Hermanas:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

Al escribir esta carta de Cuaresma de 2011, soy consciente de los frutos del año jubilar que hemos celebrado con motivo del 350° aniversario de la muerte de san Vicente y de santa Luisa. Espero que este año nos haya ayudado a profundizar nuestra relación con Dios, nuestras relaciones entre nosotros como Familia vicenciana y especialmente con nuestros Amos y Maestros, los Pobres.

Como bien sabemos, la Cuaresma es un tiempo propicio para hacer un examen intenso acerca de nuestras relaciones personales, conscientes de nuestras limitaciones y de nuestras faltas. Es, sobre todo, un tiempo para orientarnos hacia los demás y, por supuesto, hacia Dios, para curar nuestras relaciones, a fin de que nuestros corazones puedan llenarse de Su compasión y puedan desbordarla.

Recientemente he participado en un taller que la Comunidad de San Egidio había organizado para los Obispos y amigos de dicha Comunidad. El fundador de este magnífico movimiento laico, Andrea Riccardi, abrió el encuentro con un discurso dirigido a todos los participantes pero sobre todo a los Obispos como pastores de la Iglesia. Puso al Papa Juan Pablo II como modelo para los Obispos. El punto esencial de su charla fue el ejemplo que Juan Pablo II daba como hombre de encuentros, especialmente en su encuentro con Dios y con los pobres. Era interesante constatar por los comentarios de los Obispos presentes qué edificados habían quedado por esta reflexión sencilla pero profunda. Yo mismo quedé edificado, no obstante pensé en el hecho de que en ella no había en sí nada que no supiéramos ya. Es lo que Jesucristo mismo nos enseñó y, como discípulos, estamos llamados a imitarle en su relación única con el Padre y también a imitar su manera de salir al encuentro de los marginados de la sociedad.

Por supuesto, nuestro propio fundador, san Vicente de Paúl, nos invita a este encuentro con Dios, cuando dice: “Dadme un hombre de oración y será capaz de todo”¹. Nos llama a una relación profunda con

¹ Síg. XI/4, 778.

el Padre como era la del mismo Jesús. San Vicente nos dice también que “la verdadera religión está entre los pobres”², en otros términos, este encuentro en profundidad con Dios, lo experimentamos igualmente en nuestro encuentro con los pobres. Y san Vicente afirma claramente que entre ellos encontramos nuestra salvación. Les pido que, como miembros de la Familia vicenciana, examinemos durante esta Cuaresma este doble aspecto de la relación con Dios y con los pobres.

Recientemente escuché una canción muy conocida por los jóvenes de hoy, que expresa la necesidad imperiosa de recurrir a la oración, especialmente cuando miramos en torno a nosotros y vemos el mundo de los que sufren. Hay también otra canción titulada: “Born This Way”, en español: “Nací así”; se trata de la última canción de Lady Gaga, que es un himno a los marginados. En una de las estrofas se lee: “Si las circunstancias adversas de la vida te han dejado marginado, maltratado o ridiculizado, alégrate y ámate a ti mismo, hoy, porque tú naciste así”. A mí me conmueve especialmente ver cuántos jóvenes centran su atención no en sí mismos sino en las necesidades de los pobres, como también nosotros observamos atentamente nuestro mundo y las diferentes situaciones de sufrimiento.

Dediquemos tiempo a profundizar nuestra relación con los pobres. Quisiera hablar de varias situaciones que he observado en mis visitas como Superior general en los distintos lugares donde la Familia vicenciana realiza su servicio y trabaja por la Evangelización. Lo que me llama la atención y, ya lo he dicho en otras ocasiones, es que en cada sociedad existe un grupo especial al que se escoge como “chivo expiatorio”. Son los más despreciados, los excluidos, por su propia sociedad. Lo he comprobado en todos los continentes. En mi reciente visita a Etiopía, el obispo, Mons. Markos, cohermano nuestro, me habló de un grupo de personas a quienes sirven los Sacerdotes de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad y a los que se considera como excluidos en la sociedad etíope; desde hace años, sufren el desprecio y la discriminación no solamente por parte de aquellos con quienes viven día tras día sino también con frecuencia de las autoridades de dicho país. He tenido la misma experiencia en Vietnam, en la India, en el Congo, e incluso en los países desarrollados como aquí en Italia. Recientemente, toda la sociedad italiana ha abierto los ojos sobre la situación horrible de los gitanos, que viven muy numerosos en la ciudad de Roma, en condiciones inhumanas. Cuatro niños murieron quemados debido a las miserables condiciones en las que se ven obligados a vivir.

² Síg. XI/3, 462.

En una celebración conmemorativa que se efectuó en honor de estos cuatro niños, el Cardenal Vicario Agostino Vallini se expresó con firmeza en favor de los pobres y sobre la necesidad que tenemos de abrir los ojos a su realidad, especialmente a la de los pobres inmigrantes. Desafió a todos los presentes a examinar la propia conciencia, personalmente y como comunidad cristiana. Por supuesto, con mucha frecuencia, los emigrantes no quieren dejar su país de origen, pero lo hacen para huir de la guerra, de la violencia que sufren, del hambre, buscando desesperadamente vivir con paz y dignidad. No hay duda alguna de que la presencia de los inmigrantes en toda sociedad crea nuevos problemas, a menudo complejos y que no podemos examinar de manera simplista. Pero, como decía el Cardenal, somos cristianos y tenemos que amar a quienes viven en la pobreza, a los que están considerados como los más pequeños de nuestros hermanos y a los marginados de nuestra sociedad, e interesarnos por sus vidas.

El Cardenal decía de ellos que son la presencia real de Jesucristo. Al oír esto, yo podía imaginarme muy fácilmente a san Vicente diciéndonos lo mismo, a nosotros, miembros de la Familia vicenciana, ver a Cristo en los pobres, sobre todo en los más abandonados. Hoy, hermanos, hemos de afrontar el desafío de ver a estos pobres y darles una respuesta: a los sin techo, a los niños de la calle, a los presos, a los inmigrantes; a las personas que sufren por la desigualdad de género, a las mujeres que sufren la discriminación, a las mujeres y niños víctimas a la vez de la trata sexual y del trabajo, y a los niños soldados, tema que me gustaría desarrollar un día más detenidamente. Me parece increíble que nuestra sociedad utilice a niños para llevar armas, para llevar a cabo batallas de gentes que sólo buscan sus propios intereses políticos y sus propios deseos. ¿Que hacemos nosotros para defender la vida de estos niños inocentes? Es horrible verlos llevar armas tan pesadas como ellos y que pueden matar a otras personas tan inocentes como ellos. En su homilía, el Cardenal añadió que ante todas las formas de pobreza, antiguas o nuevas, presentes en nuestras ciudades, debemos arrodillarnos y pedir perdón a Dios y, no solamente a Dios sino también a todos los pobres, por lo que no hemos sido capaces de hacer por ellos.

A menudo, al ver la situación de las personas marginadas, de los excluidos, de quienes he hablado en cartas anteriores, tengo la alegría de ver que los miembros de la Familia vicenciana responden, de una u otra manera, a sus necesidades y van a su encuentro con el amor a los pobres que Dios ha derramado en sus corazones. En este tiempo de Cuaresma, debemos plantearnos esta pregunta: ¿Hacemos todo lo que podemos en favor de los excluidos de nuestras sociedades?

En el Documento final de la Asamblea General de la Congregación de la Misión, declaramos que: “Viendo lo que el Señor ha hecho y hace a través nuestro, nosotros, al modo de San Vicente, queremos hacer y

ser más para los pobres”. Podía ser éste un desafío para cada uno de nosotros, miembros de la Familia vicenciana, en este tiempo de Cuaresma — hacer y ser más para los pobres y junto con ellos.

Pido también que prestemos toda nuestra atención a los pobres que están en una situación desesperada, víctimas de la violencia en momentos de manifestaciones masivas. Hemos sido testigos de ello, recientemente, en toda el África del Norte: en Túnez, Argelia, Libia y Egipto, por citar sólo las situaciones más evidentes. Los pobres gritan para hacer oír sus necesidades. Ante la sordera de los encargados de ocuparse del bien común, el sufrimiento y la frustración a los que se añade la cólera ya no pueden contenerse y Dios habla a través de “este clamor irreprimible”. ¿Cómo respondemos a este clamor, cómo podemos responder?

Encontramos también con frecuencia a los pobres en otro lugar: en los conflictos que surgen entre religiones, en particular cuando la expresión de estas religiones reviste su forma fundamentalista más rudimentaria. Pienso en las guerras llamadas “de religión” y en todas las veces que, en nombre de Dios, se han causado violencia y destrucción. Muy a menudo esto es debido a la incapacidad de las personas implicadas en estos conflictos para sentarse y dialogar abiertamente, buscando soluciones pacíficas en vez de recurrir a los conflictos, a la violencia y a la guerra.

En el encuentro propuesto por la Comunidad de San Egidio, tuve la oportunidad de escuchar a un responsable musulmán que nos hablaba de la importancia de vivir no sólo en una cultura de tolerancia de unos hacia otros, sino de la necesidad de ir más allá, hasta la elaboración de una cultura de la aceptación, respetándonos los unos a los otros por lo que somos, por la fe que expresamos, tratando de tener una comprensión clara de nuestra propia fe y de la de los otros. Esto debe hacerse de una y otra parte de las situaciones de conflicto.

Se trata de construir relaciones auténticas basadas en la confianza, que pueden surgir con el diálogo. Como discípulos de Jesucristo, estamos llamados a reflexionar en profundidad, en este tiempo de Cuaresma, en las actitudes que a menudo nos dividen. La ignorancia en sí es una de las principales causas de estas actitudes fundamentalistas con las que a menudo se busca los propios intereses más que el bien común de todos. Ante esta ignorancia, el mundo cristiano tiene una solución que ofrecer: la educación. Este conferenciante musulmán decía con toda claridad que, allí donde los cristianos han dado una buena educación humana basada en valores, las relaciones entre los pueblos, tanto musulmanes como cristianos, son mucho mejores. La educación es la clave y todos aquellos que, en el seno de la Familia vicenciana, están implicados en la educación deben reflexionar en profundidad, especialmente en este tiempo de Cuaresma, sobre este servicio que ofrecemos, para ver si se trata de una educación totalmente

orientada hacia una formación integral, una formación que ayude a las personas a construir valores que reúnan a las gentes con relaciones de comprensión y de atención mutuas.

A la ignorancia, hay que añadir también otro desafío que se ha de afrontar, el del miedo que, con mucha frecuencia, paraliza a las personas, impidiéndoles salir de sí mismas para ir hacia los demás y crear buenas relaciones, sanas y armoniosas. El don de Jesucristo a través de su muerte y su resurrección que está en el centro del significado de la Cuaresma, nos da no sólo un signo, sino la gracia, el valor para ser capaces de superar todo temor. Es el amor de Dios a Su propio Hijo el que pudo vencer a la muerte y romper el miedo paralizador, y permitir a Su Hijo levantarse de entre los muertos para una vida nueva en la Resurrección. Este mismo don de la resurrección, este mismo don del amor de Dios que ha sido derramado en Su Hijo, lo ha derramado el Hijo en el mundo entero y es el que nos da el coraje para avanzar y construir relaciones auténticas.

Hermanos y hermanas, permítanme resumir mi carta diciendo que el Señor nos habla con fuerza a través del clamor de los pobres. ¿Podemos hacer más? ¿Podemos ser más? Examinemos nuestras acciones de solidaridad con quienes viven en la pobreza. Dejémonos renovar y seamos creativos para que nuestras relaciones con los que son pobres sean más profundas, caminando junto con ellos para defender lo que es justo y bueno. Así como estamos llamados a unirnos con los pobres y a vivir en solidaridad con toda la humanidad trabajando por construir un mundo de paz, estamos llamados al mismo tiempo a unirnos con Dios que es la fuente de toda vida y de todo amor. Seamos conscientes de que estamos llamados a actuar con justicia por la paz y la integridad de toda la creación, impulsados por lo que hay en el centro de nuestra vocación de Vicencianos: la caridad de Cristo crucificado. Que este don que hemos recibido mediante nuestra vocación vicenciana, un don que es la expresión concreta del amor de Dios hacia cada uno de nosotros, esté en el centro de lo que nos purifica, nos reconcilia y nos renueva mientras celebramos este tiempo de Cuaresma, que culmina en el inmenso don de la vida nueva que es la Resurrección de Jesucristo. Que nuestra canción siga siendo "Aleluya", porque somos el pueblo de la Pascua.

Su hermano en San Vicente



G. Gregory Gay C.M.
Superior General